

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

LA ILUSTRACION

DE LOS NIÑOS

OFICINAS

Montera, 53, segundo

MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.
Se publica dos veces al mes.

Año V

DIRECTOR. Don José Novi y Pereda

Núm. 79

SUMARIO

I. La huérfana.—II. La voz del cielo.—III. La Caridad.—IV. El primer paso.—V. Indivinio, niño Saguntino (continuacion).—VI. Hora suprema.—VII. Lecciones de geometría (continuacion).—VIII. La esperanza humana.—IX. Sobresalto de una madre.—X. Mejor es un dulce.—XI. El mérito.—XII. La inteligencia de los animales.—XIII. La escritura.—XIV. ¡Cuándo!—XV. El cura de mi pueblo.

NUESTRO CROMO

LA HUÉRFANA

Gentil y fresca, hermosa pero compungida, pasa la pobre huérfana sus más floridos años, sin ser bastante para endulzar sus horas las gayas amapolas ni los lirios del valle.

Todo el ambiente puro que respira embalsamado con los capullos y el cantueso, ni el retozon cordero que trisca en el vallado, ni la fuente risueña, ni el locuaz arroyo que esmalta la pradera, ni el diáfano y trasparente cielo testigo de su soledad, son bastante para tornarla su alegría.

¡Pobre huérfana!

Antes, coqueta y juguetona, querías avasallar con tu mirar altivo á cuantos te demandaban una sonrisa; hoy, triste y humilde, sufres el más amargo de los desengaños, llorando á solas tu arrepentimiento.

Antes, menospreciabas, soberbia, á tus inferiores; hoy, te ves al mismo nivel de los más infortunados.

Antes, desafiabas á los años, como si durante toda la vida te hubieran de sobrar los bienes; hoy, sin familia y sin recursos, vives del agreste trabajo pastoril.

Pero no llores, pobre huerfanita, que tu arrepentimiento te eleva más de lo que antes fuiste, porque pobre y todo, eres un modelo de virtud, y con ella das á los hombres el más alto ejemplo.

Y si no, ¿qué valian todas tus pasadas riquezas? Ya lo ves, nada.

Tomo V

Perdiste á tus amantes padres, perdiste la salud, y más tarde los bienes de fortuna.

Inmensa desventura, que debieran tener presente tus mayores, para haberte contenido en tus antojos; y si mientras te engreían con los caprichos y la holganza, hubieran vigilado tu educacion, llorarías la pérdida de tus padres, que eso es natural en el mundo, pero ni se hubiera resentido tu fortaleza, ni acaso hubieras sufrido menoscabo en tus intereses.

Pero no llores, afligida huerfanita: cuando eras rica, tanto como te deleitaba el mundo, tanto más te alejabas de Dios: de Dios, que condena la soberbia. Hoy que eres pobre, vives alejada de los placeres terrenos; pero bendices á Dios en las alturas, porque te ha inspirado sincero arrepentimiento.

Y tu alma refleja la bondad, tus acciones encantan á tus semejantes, tus virtudes te granjean la estimacion de tu señor.

¡Pues qué! ¿Pensabas, cuando eras rica, que los pobres no tenían consuelos inefables? ¿Pensabas que los trajes y el dinero dan en la vida la verdadera felicidad?

No, huerfanita estimable; el dinero hace á los hombres ricos, pero no los hace felices. Tu ambicion insaciable te quitaba el sueño; tu trato gloton te acarreaba enfermedades; tu pensar innoble te enajenaba todas las simpatías; y rica y todo, sufrías las punzantes heridas de la envidia, el sonrojo que produce la ignorancia, los duros anatemas del vulgo y la reprehension saludable de tu confesor. Ahora que eres pobre, todos te alaban y respetan, todos te admiran y te halagan, no como te halagaban y admiraban en tiempos prósperos, sino como premio merecido á tu honradez.

Entonces brillabas por el lujo.

Ahora brillas por tu candor.

Antes te lisonjeaban los viciosos.

Ahora te tributan mercedes los amantes de la verdad y de la religion.

Antes te reprendia el confesor.

Ahora te presenta como tipo de castidad.

Antes sufrías.

Ahora tienes la satisfaccion de la conciencia.

¿Cuándo has sido más rica?

Ahora, graciosa pastoreilla.

No llores, no, que tu actual destino te presenta, acaso, ventajas infinitas. Contempla esa naturaleza y pon los ojos en el Creador. Juzgando del mundo, nunca puede el ánimo estar más satisfecho que cuando merece el aprecio de sus conocidos.

Apreciando el porvenir, jamás pueden los hombres vivir más tranquilos que cuando no gravan al alma con ningun género de remordimientos.

JOSÉ NOVI Y PEREDA



LA VOZ DEL CIELO

De una púdica viola
á una hechicera camelia,
vagaba la dulce Adelia
dudando cuál elegir.

¡Tan aromosa era aquella!
¡Era esta tan encendida!
que la triste, combatida,
no acertaba á decidir.

Súbito, llegó á su oído
una voz pura y suave
como el gorjeo del ave
que arrulla á su dulce amor.

Y entre los perdidos ecos
de celestial armonía,
escuchó que así decia
su acento conmovedor:

«Luciendo espléndidas galas,
ostentándose incentiva,
por el mundo audaz y altiva,
va la estéril vanidad.

La modestia oculta vive;
mas su perfume divino,

pasar hace en su camino
á la discreta beldad.»

Adélia aspiró el encanto
de aquel celestial concierto
hasta que el último acento
en el aire se perdió.

Entonces, resuelta, ufana,
acercóse á la viola,
y con su linda corola
el casto seno adornó.

ERMELINDA DE ORMAECHEA

Bayona 1882.

LA CARIDAD

¡Qué hermosa es! Vedla representada por una bella jóven que con la modestia en el traje y el oro que socorre al necesitado en la mano acude á enjugar las lágrimas del desvalido; la expresion de su rostro revela una suprema ventura por poder hacerlo, sus lábios se entreabren con celestial sonrisa, un destello luminoso se desprende de sus ojos; es la chispa divina que brota del corazon que siente en toda su intensidad el placer sublime de la caridad y la práctica con entusiasta afán.

Al contemplar tan hechicera figura en el instante en que sustrayéndose á los encantos fascinadores del mundo se dedica á remediar con el óbolo del rico la miseria del pobre, á enjugar las lágrimas del desgraciado, á reanimar la fé del débil y consolar con frases celestiales al triste que gime enfermo y sin amparo, se comprende cuán cierto es que Dios manda al mundo ángeles con figura humana para que las divinas virtudes por él predicadas practiquen y enseñen. Sí, la criatura que descende de su elevada esfera al mundo de la miseria y los grandes dolores humanos, que deja la perfumada atmósfera de la opulencia por la dañada del mendigo, á donde baja con el noble fin de tocar por sí propia las llagas sociales y curarlas ya con el oro de la caridad, ya con el bálsamo del consuelo, se convierte en un sér privilegiado, en un ángel intérprete de la voluntad de Dios.

Los puros, los santos, los divinos placeres que la caridad proporciona, no se encuentran en ninguna otra parte. Los más grandes goces de la vida son un instante que pasa sin dejar en el alma más que un vago recuerdo y un gran vacío; la caridad dá para toda la vida la satisfacción inefable de haber hecho el bien solo por el placer de hacerlo, y la eterna aprobacion de ese despertador interior que las malas acciones avisa y que llamamos conciencia.

El bullicio embriagador del mundo, el encanto fascinador de brillantes fiestas, de bailes y saraos, proporciona momentos de placer en que olvidando cuanto penoso puede sernos, dejando de pensar y de sentir, nos entregamos con ánsia loca á la comun alegría; pero examinemos nuestro interior cuando pasados tan deliciosos instantes nos reponemos de la anterior fatiga. ¿Qué quedó de todo aquello? Cansancio en el cuerpo, fatiga en el alma, tal vez algun dolor en el corazon. Interrogad á este; ¡ah! late precipitado, merced á la agitacion; mas no ha experimentado ni un átomo de la noble ventura que con tanta abundancia se desprende del ejercicio de la caridad.

Ni aún las afecciones humanas, con ser tan dulces y consoladoras, tienen su serena atmósfera. El amor, ese rayo luminoso que desprendido de la mirada de Dios, enciende dos corazo-

nes para unirlos por toda la vida, tiene el tormento de los celos, veneno mortal que amarga el delicioso bálsamo de la ternura. La amistad, inefable sentimiento que dura toda la vida, endulza todas las amarguras, sirve de apoyo en las difíciles pruebas de la existencia y de puerto de salvacion en las grandes crisis, es amenudo emponzoñada por la inmunda baba de la traicion, del engaño y la falsia. Todo tiene su reverso, su lado malo, todo, ménos la caridad, pues ni la ingratitud logra empañar su brillo, siendo así que en ella no se busca el placer de ser encomiado, sino la dicha de hacer el bien por el bien mismo y por amor á nuestros semejantes.

Llevar recursos, consuelos y esperanzas al seno de una familia desgraciada; satisfacer su necesidad; socorrer su miseria; ver correr sus lágrimas de gratitud por la dicha que les otorgan; recibir sus bendiciones, que caen en el alma cual vivificante rocío; escuchar sus cariñosas frases, ¡hay algo más dulce, más grato, que de más inefable ventura llene el corazon, que proporcione más angélicas emociones y que sea más meritorio á los ojos de Dios?

¡Hijos mimados de la fortuna, que arrastrais una vida cansada entre los esplendores de la opulencia, la caridad llama constantemente á vuestra puerta, ella os brinda delicias purísimas, siempre nuevas y siempre gratas emociones, seguid el camino que os traza y experimentareis el placer de los placeres, los santos goces del bien!

Socorrer al pobre, amparar al desvalido es la noble, la sublime mision del rico. ¡Dichosos aquellos que reparten el oro á manos llenas entre los necesitados y hacen de tan corrupto metal paño bendito para enjugar lágrimas y calmar heridas del alma! Por fortuna son muchos los ricos que su mision comprenden y practican con evangélica caridad. A Dios rogamus que la haga cumplir á todos en bien de la humanidad y en provecho de ellos mismos.

ADELA SANCHEZ CANTOS

EL PRIMER PASO

I

A la orilla de la playa
que besan del mar las ondas,
donde en espuma deshechas
se ven las más orgullosas,
y al fondo del mar se vuelven
perdida su fuerza toda,
porque al llegar á la orilla,
apenas su arena mojan,
todo su furor desmaya
y allí su impotencia lloran;
dos niños sin experiencia,
nacidos en pobre choza,
juegan con una barquilla
que, atada á una cuerda, flota
mecida por el continuo
movimiento de las olas.
Los niños al ver su barca
rien y saltan y gozan,
y son los dos muy dichosos
viéndola mecerse airosa.
De pronto la barca se hunde,
y algunas olas furiosas,
rompiendo en bullente espuma,
rodear á los niños logran.
Huyen estos asustados,
y cuando la vista tornan
buscando la débil barca,

encuentran la cuerda rota,
y la barca, mar adentro,
que, juguete de las ondas,
si una á la playa la acerca,
otra más lejos la arroja.
—¿Qué haremos? dicen los niños;
va á estrellarse en esa roca.
—Yo entro á buscarla, ¿me sigues?
—No me atrevo; ¿y si te ahogas?
—No tengas miedo, las aguas
la acercarán... ven... ahora;
y aquellos niños, ansiosos
de poder salvar su obra,
entran en el mar... y el barco
cada vez más lejos flota.
Mas no se paran, desean
recobrarlo á toda costa;
las aguas de vez en cuando
la distancia les acortan,
y por lograr el vehemente
deseo que les acosa,
mar adentro tras la barca
van marchando sin zozobra,
porque al que dá el primer paso
nada detenerle logra.

Ya el agua cubre sus hombros;
más lejos la barca asoma;
quieren volver y no pueden;
lanzan voces angustiosas,
y se pierden sus gemidos,
como la barca, en las hondas.

II

Tambien en la vida hay mares
de bellas, brillantes olas;
si en esos mares un dia
el hombre su planta posa,
mar adentro va arrastrado
tras los placeres que ignora,
y que esos mares le ofrecen
cada dia, á todas horas;
la virtud está en la orilla,
y contra esa playa chocan
las hondas más alhagüeñas
y las más fascinadoras,
porque al llegar á esa playa,
apenas su arena mojan,
las ondas del vicio mueren
cuando su impotencia tocan.
...Pero el que dá el primer paso
y esas playas abandona,
tarde será cuando quiera
lanzar voces angustiosas,
que en el mar de los placeres,
siguiendo su marcha loca,
se perderán sus gemidos
como la barca en las ondas.

RICARDO SEPULVEDA

INDIVINIO, EL NIÑO SAGUNTINO

(Continuacion)

IV

Amaneció el siguiente dia y las murallas se cubrieron de gente ansiosa de contemplar los barcos romanos y ser espectadores de la lucha que esperaban se iba á entablar con el sitiador y los romanos. La mañana adelantó y los ansiosos saguntinos vieron solamente cruzar unos botes que de los buques romanos llegaron á la playa, y algunas horas despues regresaron, sin que por ello se notase movimiento alguno en el campamento africano. A la caída de la tarde, los atribulados saguntinos vieron con sorpresa alejarse aquellos bu-

ques que tanta esperanza les infundieron, sin haber hallado el auxilio que esperaban ni saber qué había ocurrido.

Aquella misma noche supieron por un espía que los buques romanos no conducían tropas, sino únicamente unos embajadores para tratar con Anibal el levantamiento del sitio, y una suspensión de armas, en tanto se ventilaba el derecho que aquel pudiera presentar para convertirse en juez y ejecutor de la sentencia; que aquel no había querido recibirles, alegando la barbarie de sus tropas, y lo que peligraba su vida, y que los embajadores habían partido hacia Cartago para exponer ante el Senado de la República las quejas que alegaba Roma en defensa de su aliada.

El desaliento, la desesperación, la pérdida de sus esperanzas desconcertó á los sitiadores, mas no por aquel abandono se desanimaron. No importa, dijo el pueblo, empuñando las armas, y se aprestaron de nuevo para la lucha. Aquel mismo día el enemigo se dirigió contra los sitiados; y con ánimo de abrir brecha preparó Anibal un movimiento que esperaba le sería favorable para ultimar su objeto y asegurar el asalto de la ciudad, que de una manera tan tenaz se defendía, ó estrechar más y más el sitio con objeto de terminar su empresa antes que el Senado de Cartago dispusiera algo en contra de sus deseos.

Así, pues, al siguiente día, el bárbaro campamento africano hervía cual un hormiguero de hombres que se revolvía en confusa gritería. Las máquinas de guerra se pusieron en movimiento, dirigiéndose contra los muros. Una gran torre de madera, que con objeto de acercarla á la ciudad y desde ella asediar á los defensores de los muros para hacerles abandonar el puesto facilitando el asalto, comenzó á moverse arrastrada por poderosos bueyes, siendo recibida su marcha con estrepitosos alaridos. Los sitiados no sabían lo que aquella alegría bestial significaba, hasta que vieron acercarse á un muro aquella inmensa balumba de madera.

No por ello se espantaron, sino que todos los defensores empuñaron el arco, y esperaron el momento oportuno de lanzar los agudos dardos. Diversas columnas de feroces soldados se encaminaban á los muros, y los saguntinos conocieron que iban á tener que sufrir un terrible y simultáneo ataque.

Por la parte de la antigua ciudad que miraba al valle había una torre avanzada, la cual estaba defendida por la juventud saguntina; hacia ella, pues, dirigió Anibal sus fuerzas con objeto de intentar el asalto. Vista á cierta distancia la fortificación, parecía casi aislada y de poca altura, mas al llegar junto al lienzo de la muralla, se vió que estaba unida á aquella y que su altura era mayor de lo que se había creído al contemplarla desde lejos. No obstante, Anibal dispuso el ataque, y las *vínecas*, máquinas de guerra, comenzaron á batir el muro, que era más fuerte de lo que creían los africanos. En tanto, las flechas y piedras cruzaban el espacio clavándose temblorosas en los cuerpos del enemigo ó aplastando á los que trabajaban al pie de las murallas. La sangre corría á torrentes, y la ju-

ventud saguntina peleaba con denuedo y sin precipitación, obedeciendo los mandatos de los jefes, que no abandonaban sus puestos. Entre ellos vemos á Mandovilio, que, sereno y tranquilo, daba sus disposiciones á los jóvenes que le obedecían con exacta precisión. Entre aquellos se hallaba nuestro simpático niño Indivinio, que armado con un arco, lanzaba sus flechas con la seguridad de un veterano, y sin que en su semblante demostrara temor ni espanto del cartaginés ni de su feroz aspecto.

Ya largo rato hacía que el enemigo atacaba furiosamente, siendo rechazado en cada asalto por los entusiasmados saguntinos, cuando la torre de madera se acercó á los muros, y llenas sus ventanas de soldados que disparaban sus armas desde arriba contra los defensores de las murallas, que no por eso cesaron. Muy cercana de los muros llegó á colocarse aquella formidable máquina, y muchos de los combatientes habían sido aplastados desde lo alto por los cartagineses. Aquella imposibilidad de luchar y ser dominados por el enemigo, comenzó á determinar una especie de retroceso, que muy bien podía ser causa del abandono del punto, que al instante caería en poder del enemigo. Al ver aquella indecisión dirigióse Indivinio á los que se retiraban como desfallecidos.

—Las *falaricas* (1) á la torre, gritó, y fué todo obra de un momento.

Ya dos cartagineses, cubiertas sus cabezas por los escudos, acababan de saltar en la plataforma de la torre, y todo estaba perdido si no se lograba arrancar de allí al cartaginés.

Indivinio cogió una *falarica* encendida y la arrojó contra el escudo del africano con silbadora llama. El enemigo, al verse así envuelto en llamas, arrojó el escudo, al mismo tiempo que Alixco, valeroso jefe, le atravesaba el pecho de una estocada. El otro cartaginés que ayudaba á subir á sus compañeros, al ver caer mortalmente herido á su compañero, se lanzó de cabeza al campo, estrellándose en la caída. Mas no por esto habían dejado de continuar el asalto los de la torre; mas cuando vieron que eran lanzadas del fuerte *falaricas*, que clavándose en los muros de la torre pronto la envolvieron en llamas, sus defensores tuvieron que salir precipitadamente de ella para no morir abrasados. Una sorda alegría reinó en las murallas al ver arder la poderosa máquina, y una espesa columna de negro humo subió por los aires envuelta en rojizas y silbadoras llamas al propio tiempo que estallaban los maderos.

(Se continuará)

HORA SUPREMA

Te ries, dices que es triste
ser vecino de los muertos,
porque enfrente de mi casa
se levanta un cementerio.

(1) La *falarica* era una saeta de hierro de tres pies de longitud y que iba envuelto el hierro con estopa empapada en pez, la cual se arrojaba encendida, y clavándose en el escudo del contrario, la llama le obligaba á arrojarle, con lo cual quedaba indefenso en poder del enemigo.

Náufrago yo de la vida,
me da esperanza y consuelo
contra delirios y penas,
tener á la vista el puerto.

VICTOR NAVARRO

LECCIONES DE GEOMETRÍA

POR

E. GONZALEZ SANGRADOR.

(Continuación.)

Dáse el nombre de *línea curva*, á la que no es ni recta, ni compuesta está de rectas: así que, si concebimos que un punto se mueve constantemente y siempre se inclina á un lado, este punto móvil engendrará una curva, recibiendo el nombre de *línea mixta* cuando consta ésta de curva y recta ó rectas.

De la misma manera que existen líneas diferentes, cuya clasificación hemos determinado, hay también superficies distintas, cuyas definiciones tienen cierta analogía con las de las líneas, dividiéndose éstas en *plana*, *quebrada*, *curva* y *mixta*.

La más sencilla de todas las superficies, es la plana, que también se llama plano, siendo indispensable para que pueda ser así clasificada, que la arista de una regla bien recta colocada sobre dicha superficie, coincida perfecta y sensiblemente en todos los puntos con ella; fácilmente, además se puede concebir lo que es una superficie plana, considerando un cristal perfectamente pulimentado y recto.

Á semejanza de *línea quebrada*, que ya hemos dicho es la formada por rectas que se cortan dos á dos, superficie quebrada es la compuesta de dos ó más superficies planas ó porciones de plano; recibiendo el nombre de *curva* cuando no reúne ninguna de las condiciones anteriores; es decir, cuando no es ni plana ni compuesta de porciones de plana.

La *Geometría* se divide en dos partes: *Geometría plana*, que es la que estudia las figuras cuyos puntos están en un plano, y la *Geometría del espacio*, que considera las figuras, cuyos puntos no están en un mismo y solo plano.

Usase frecuentemente en matemáticas, algunas palabras que vamos á definir antes de pasar adelante; tales son, *teorema*, *lema*, *corolario*, *escolio*, *problema* y *axioma*.

Toda proposición que necesita ser demostrada, se llama *teorema*.

Cuando esta proposición no tiene otro objeto que facilitar la demostración de un teorema, recibe el nombre de *lema*.

Si el teorema tiene alguna consecuencia, ésta toma el de *corolario*.

Las observaciones que se refieren á proposiciones, se llaman *escolios*.

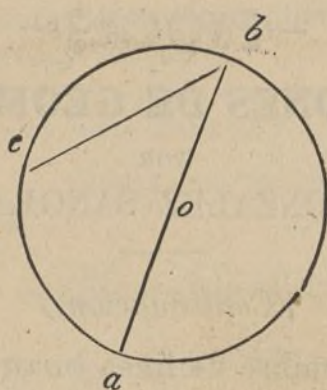
Lo que necesita resolverse, construirse ó apreciar su magnitud, se llama *problema*.

Y por último, dase el nombre de *axioma* á la proposición que no necesita demostrarse por ser evidente por sí misma: así que, la definición de *línea recta* es un *axioma*.

La *línea curva* más sencilla que puede considerarse es la *circunferencia*; se llama así una

línea que, teniendo sus puntos en un mismo plano, todos distan igualmente de otro interior llamado centro. Tal es la

Figura 1.ª



Las diferentes rectas que pueden llevarse de un punto á otro de la curva ó del centro de la circunferencia, reciben nombres particulares, así: la *a b*, que pasando por el centro *o*, toca en uno y otro punto de la curva, se llama *diámetro*; la *c b*, que toca en dos puntos de la curva sin pasar por el centro, se llama *cuerda*; y la *o b*, que del centro *o* va á la circunferencia y termina en ella, *radio*.

Todos los diámetros de una circunferencia son iguales y también todos los radios; dos de estos valen un diámetro.

Círculo, es la parte del plano cerrado por la circunferencia.

Arco, es una porción cualquiera de la circunferencia; tal es la porción de ella, *c b*.

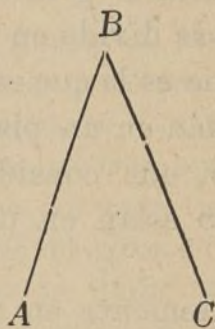
Sentadas estas nociones, vamos á entrar en las

Líneas y ángulos

DEFINICIONES

Cuando dos rectas se cortan forman un *ángulo*, cuya idea clara como es, está al alcance de todos; así podemos definir el *ángulo*, la porción de superficie que se halla comprendida entre dos rectas que se cortan; así, pues, las rectas *A B* y *B C*, que se cortan en *B*, forman un *ángulo*, que le designaremos el *A B C*

Figura 2.ª

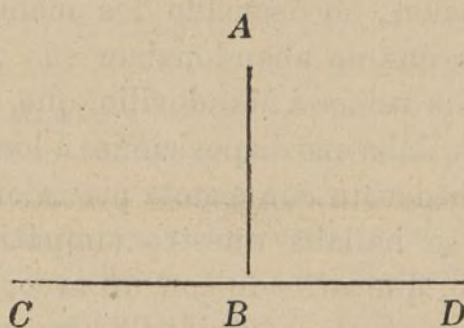


Las rectas *A B* y *B C*, se llaman *lados* del *ángulo*, y el punto *B*, *vértice* de él.

Siempre que haya necesidad de nombrar un *ángulo*, se hace por sus tres letras, colocando la del vértice en el medio.

Un *ángulo* puede ser mayor ó menor que otro, pero necesario es fijarse cuándo sucederá esto; así, para distinguirlo, sentiremos que un *ángulo* no varía de valor aunque los lados sean más ó menos largos, sino cuando la distancia que hay entre ellos sea mayor ó menor, para lo cual deben considerarse los lados prolongados indefinidamente y concretarse para apreciar su magnitud á su separación; conforme con esto el *ángulo* de la fig. 2.ª, tendrá el mismo valor aunque sus lados los prolonguemos tanto como se quiera, y únicamente variará, es decir, será mayor, cuando la distancia que existe entre el punto *A* y el *B*, lo sea. Cuando una recta encuentra á otra, como en la

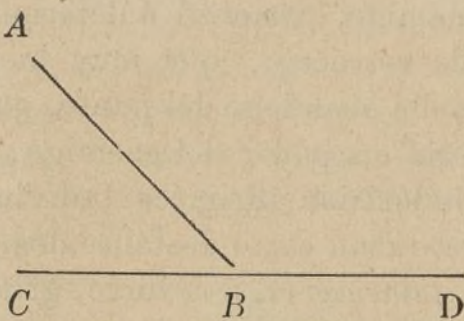
Figura 3.ª



en la que consideramos que la recta *A B* encuentra á la *C D*, formando dos *ángulos*; estos se llaman *adyacentes*; así, pues, diremos que *ángulos adyacentes*, son aquellos que tienen el mismo vértice, un lado común y los otros en línea recta. Cuando los *ángulos* formados por estas rectas son iguales, como en el caso presente, la recta *A B* es perpendicular á la *C D*, y los *ángulos A B C* y *A B D* son rectos; de donde resulta que *ángulo recto* es el formado por una recta perpendicular á otra.

Cuando una recta forma con otra dos *ángulos adyacentes* desiguales, es decir, uno mayor

Figura 4.ª



y menor otro la recta es oblicua: así, pues, la recta *A B*, que forma con la *C D* dos *ángulos*, el *A B C* y *A B D*, el primero menor que el segundo, porque según lo dicho anteriormente, la distancia que hay entre los lados del primero es menor que la que existe entre los del segundo, dicha recta es oblicua.

Sentado en qué consiste la magnitud de los *ángulos*, podemos decir que dos serán iguales cuando coincidiendo el vértice y un lado, el otro se superponga; es decir, cuando vértice y lados coincidan perfectamente, colocando el uno sobre el otro.

(Se continuará.)



LA ESPERANZA HUMANA

De Abril una mañana deliciosa
abre la flor lozana su capullo;
se mece de las auras al arrullo
y embalsama el ambiente con su olor:
de la tarde las brisas juguetonas
agitan sin piedad su lindo tallo,
y al lucir de la luna el tibio ravo
cae deshojada al suelo ¡pobre flor!
Así del hombre la esperanza nace
alegre de la vida en la mañana,
elévase arrogante, sube ufana
de la ilusión al último confín.
Mas... en la tarde de la vida, al peso
de negros y mentidos desengaños
(que pesan mucho los perdidos años)
muere, arrastrando al hombre tras de sí.

ANDRÉS CASADO



SOBRESALTO DE UNA MADRE

No hay amor en el mundo que compararse pueda al amor de la madre hácia los hijos queridos de sus entrañas.

Axioma tal, de moral incontrovertible, no le exponemos por nuestra cuenta y riesgo, ni en son de novedad. Es una frase harto antigua y

que, si con alguna variante en la forma, ha traspuesto los siglos sin alteración esencial en su fondo.

Y si después de estudiar el cariño materno en el mundo humano, pasamos á estudiarle en el mundo animal, no menos provechosas serán las enseñanzas que se nos ofrezcan seguramente.

¡Ay, que para querer á sus hijos, para cuidarlos y defenderlos, no hay diferencias entre la pantera y la gata, el águila y la paloma!

No hay sacrificio que no realicen, ni esfuerzo que no hagan, ni privaciones que no se impongan, ni plan que las asuste, ni obstáculo que las intimide, si del bienestar de sus hijos se trata.

Ejemplos y casos mil habrá observado el lector de lo que decimos relacionados con el amor maternal entre los animales domésticos y de los que es una muestra clara y evidente el cuadro que acompañamos á estas líneas.

«El asunto es un drama en un corral; penetra hambriento gato en escondido gallinero, amenazando con torva mirada y puntiagudas uñas y una hermosa gallina, madre de varios polluelos, mientras extiende sus alas para cobijarlos á todos, desafía con gentil arrogancia al intruso carnívoro.»

Tal es el pensamiento que guió el lápiz del artista y á fé que le desarrolló con acierto y exactitud.

Que así se produce siempre una madre cuando á sus hijos les cerca algún peligro.

Antes que éste les asalte, ha realizado ya aquella cuanto ha podido para evitarlo y sin que resulte motivo suficiente á arredrarla la exposición de su propia vida.

Es el amor de madre un sentimiento de todas las edades, de todos los países, de todos los seres, de todas las generaciones.

Siente amor por sus hijos y todo mal que á éstos amenace la sobresalta, lo mismo la ilustrada de noble alcurnia y educación superior, que la esclava infeliz á quien venta horrorosa se les arranca de su regazo.

Siente amor por sus hijos, y todo peligro que les rodee la sobresalta, así la madre que vive en ciudad populosa, como la que ve salir y ponerse el sol siempre por las mismas cuevas por donde le vieron ponerse y salir sus padres y sus abuelos.

Siente amor por sus hijos y todo síntoma la sobresalta, igual que á la madre culta, á la madre salvaje, igual que á la furiosa hiena, á la amante tórtola, á la leona potente que á la débil canaria.

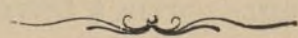
Es el amor maternal innato en todo corazón femenino, hasta tal punto que no parece sino que forma parte constitutiva de su organismo físico.

Todos los moralistas y los publicistas todos, se han ocupado en el amor maternal, sirviendo no pocas veces de base á sus obras y en el que han hallado siempre campo ancho en que abrir las alas y estender el vuelo de sus inteligencias.

La pluma del poeta, el lápiz y el buril del artista, han acudido más de una vez al amor maternal en demanda de inspiración para sus endechas, para sus cuadros y para sus estatuas, y nunca acudieron en balde.

Así por la intensidad, por la influencia y por la importancia de ese cariño, puede lógicamente deducirse y con facilidad comprenderse, lo mucho que representa y significa el sobresalto de una madre.

GREGORIO BARRAGAN



LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.



LA HUERFANA.





EL SOBRESALTO DE UNA MADRE

MEJOR ES UN DULCE

Pregonábanse hace pocos días en la Puerta del Sol los números atrasados de un periódico infantil que murió hace años, después de haber realizado una notable campaña, y entre los transeúntes cuya atención fijaron se hallaba un niño que pidió con insistencia á su padre que comprase algun ejemplar.

—¿Para qué lo quieres?—le preguntó éste.

La pregunta era de difícil contestación para una criatura; pero no acobardó al niño, que dijo:

—Para aprenderlo.

—Calla, tonto,—repuso su padre—*mejor es un dulce*.

Y padre é hijo se alejaron del vendedor; el primero indiferente, el segundo volviendo la vista á lo que tanto había llamado su atención.

¡*Mejor es un dulce!* me quedé yo repitiendo. Hé aquí el extraño caso de una inversión de papeles: el hijo procediendo reflexiva y acertadamente; el padre diciendo lo que estaría en carácter en boca del muchacho. ¿Será posible que haya necesidad de cuidar de la educación de los padres antes que de la de los hijos?

Porque aquella frase suponía algo más que una genialidad aislada: era el resultado de una viciosa interpretación del alcance de los medios materiales y morales para la instrucción infantil.

El niño tiende al conocimiento de lo que desconoce, aspira á saber, multiplica sus preguntas, quiere abrir su inteligencia á los secretos de la ciencia, y el padre, en ocasiones, le niega el libro, el estudio, el juguete científico ó el periódico, diciéndole: *Mejor es un dulce*.

A veces se escatima el pago del maestro ó se prescinde en absoluto de él; pero se lleva al niño al café todas las noches; se enriquece al sastre con los caprichos de la moda y se satisface su glotonería comprándole golosinas.

En ocasiones surge la protesta espontáneamente y el niño pide alimento para su alma. Pero la autoridad paterna le reduce al silencio con este solo argumento: *Mejor es un dulce*.

Y en vano lucha el hombre de ciencia por destruir semejantes preocupaciones; y en vano el capital busca el nobilísimo empleo en la multiplicación de los elementos de enseñanza; y en vano se publican centenares de libros muy apreciables y nacen y mueren excelentes publicaciones periódicas que no logran protección ni estímulo en las familias...

¿Qué ha de suceder si los padres repiten la fórmula que da título á estas reflexiones, *Mejor es un dulce*?

M. OSSORIO Y BERNARD

(Del *Almanaque Literario*, publicado por Bastinos.)

EL MÉRITO

¡Justicia, no la hay! así exclamaba un pedazo de bronce, que se hallaba lleno de cardenillo al lado de la estatua de Murillo.

Bronce es, y bronce soy... ¡quién lo dijera! pasa por el Botánico cualquiera, y á visitarle viene diligente, y ante mí siempre pasa indiferente.

La estatua que le oyó de este modo al fragmento, le objetó:

—Pretendes que deforme y sin labrar

te venga á tí el público á admirar; yo represento aquí un hijo de Apeles, uno que consiguió con sus pinceles inmarcesible gloria y una brillante página en la historia.

Con esto el bronce inmundo comprendió que en el mundo solo brillar al mérito le es dado, y debe ser de todos admirado.

MANUEL LOPEZ CALVO

LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES

II

EL ASNO

(TRAD. DEL FRANCÉS)

Hemos amado este animal en nuestra juventud y quizás nos consideremos felices en nuestra ancianidad de ser conducidos por este pacífico animal, para no hacer justicia á una inteligencia desconocida, á un corazón excelente, al compañero tan adicto al pobre trabajador; proletario también por naturaleza, el asno es aborrecido, despreciado, calumniado y mal alimentado; es castigado por todos lados, y martirizado por los niños, no recoge más que las espinas de la vida. ¡Cuánto no se ha rebajado este animal de la talla de que goza en el estado salvaje! Su carácter también ha cambiado completamente: no es ya un animal vivo, montaráz y bravo; es un pobre esclavo embrutecido por los golpes de un amo despiadado.

Tonssnel, que siempre propende á personificar los animales, según la idea vulgar que de ellos se tiene, parece haber tomado á la letra la bestialidad, la burrada de asno. Para él el asno simboliza muy especialmente el aguador, que es su compañero de fatigas. El natural de las montañas del Norte, dice, no brilla precisamente más que por el aticismo del lenguaje, la elegancia de las maneras y el purismo de la gastrofía. Habrá para Tonssnel parentesco entre el auvernes y el asno, lo mismo que entre el caballo árabe y el gentil-hombre cortesano.

Hay algunos cientos de asnos de que la historia y la fábula se han ocupado.

La historia sagrada, entre otros, se ocupa bastante de la pobre bestia que condujo al Salvador en su entrada triunfal en Jerusalem y también de la célebre burra de Balaam, á quien el Señor castigó por boca de este dócil animal.

De que el asno lleva sobre el espinazo una cruz, emblema de las tribulaciones, procede que se le haya venerado. De que parece deleitarse en los cardos y las espinas, se le ha comparado al filósofo que soporta con calma todas las amarguras de la existencia y al justo que para ganar el cielo, renuncia á las pompas y á las obras de Satán; así como de la observación de que el pobre animal muestra repugnancia y recelo en los pasos peligrosos en que ha caído, se le ha considerado como un sábio que teme volver á caer en el lazo en que una vez ha caído y rehuye la reincidencia. En fin, porque el asno tiene poca confianza en las aguas nuevas y rehusa beber en abrevaderos desconocidos, se le ha tenido largo tiempo, por comparación, por un modelo de prudencia y fidelidad á la Iglesia, por el bello ideal del creyente que rechaza la herejía y las ideas nuevas.

Después de haber comparado el asno con el aguador, Tonssnel encuentra entre él y el grosero labriego una grande analogía. El espíritu de oscurantismo, dice, y de repulsión sistemática hacia las ideas nuevas, es en efecto la pa-

sion dominante del asno, pero agrega, el espíritu de oscurantismo no ha constituido nunca la sabiduría, todo al contrario. El asno, que es el emblema del *labriego grosero*, del rutinario regañón, peca sobre todo por la pereza de inteligencia. No es tanto el amor á los antiguos usos y costumbres lo que le retiene en el surco, sino su repugnancia á lo nuevo. Tonssnel mira de buena voluntad al asno y al labriego su retrato en lo que ambos tienen de admirable, en su sobriedad, su constancia en el trabajo y su resignación en la indigencia, pero no quiere atribuirles como virtudes sus vicios, porque sabe que por lo que el asno y el labriego soportan tan pacientemente el yugo de la tiranía, es por la falta de elevación en las ideas.

Esto es muy fácil de decir, Sr. Tonssnel: pero os dejais llevar muy fácilmente de estas simpatías ó antipatías apasionadas.

El asno ni es un sucio aguador, ni un grosero labriego; ni es un perezoso de inteligencia, ni un sér sin elevación de ideas. El asno es por el contrario, un animal excesivamente limpio y que sin cesar tacha al hombre de no limpiarle ni almohazarle. Vedle revolcarse en el césped ó sobre los cardos ó en los helechos; él no se encenaga en el fango; como el caballo, teme mojar-se las patas, y dá rodeos para evitar el lodo.

El asno en su juventud está hermoso, lleno de alegría, de ligereza, y al propio tiempo de gentileza. El no pierde toda la gracia de sus formas, más que por los malos tratamientos y la vida miserable que se le obliga á arrastrar.

Ningun otro animal es más limpio que él. Y nueva de semejanza con el rústico labriego, no tiene jamás miseria.

El asno no es nada perezoso de inteligencia. Ningun sér es más reflexivo, más prudente ni más sóbrio, y sabido es que la sobriedad es la virtud de las gentes inteligentes.

Reparad bien su cabeza maciza, sus ojos llenos de reflexiones retiradas á sus órbitas y cargados de pestañas largas y espesas, y escuchad á Buffon, que nunca es tan elocuente como cuando ha visto bien lo que describe: «El asno quiere á su dueño, aun cuando este le maltrate, le siente de lejos y le distingue de todos los demás hombres. Reconoce también los lugares que tiene costumbre de habitar. Tiene muy buena vista, olfato admirable y excelente oído, lo que ha contribuido para colocarlo entre los animales tímidos, que todos tienen, á lo que se pretende, el oído muy fino y las orejas largas, como el conejo, la liebre, etc. Cuando se le atormenta abre desmesuradamente la boca y retira atrás los bellos ó labios de una manera desagradable, lo que le imprime cierto aire zumbón y de burla.»

El asno es inteligente, como lo prueba el hecho que á seguida relatamos y que consignamos tanto más gustosos, cuanto que se refiere á un buche.

El Dr. Franklin relata, que un asno de Chartres tenía costumbre de ir al castillo de Geriville, donde se tocaba bastante el piano. El propietario de este castillo tenía una señora que poseía excelente voz y cantaba admirablemente. Siempre que empezaba á cantar esta señora, el asno se acercaba á las ventanas y escuchaba con una atención sostenida. Un día, habiéndole sin duda agradado una pieza de música, más que todas las que él había escuchado hasta entonces, abandonó su sitio y entró sin ceremonia en el salón, y para añadir lo que en su concepto faltaba á la delicia del concierto, se puso á rebuznar con toda la fuerza de sus pulmones.

Este rasgo desmiente la opinión de Erasmo,

que declara que este cuadrúpedo tiene pocas disposiciones para la música, si bien es verdad que él procura hacer valer en favor de su protegido, la circunstancia atenuante de que si el asno contribuye poco á la música durante su vida, la sirve generalmente despues de su muerte, proporcionando las mejores pieles que existen para fabricar bombos y las más estimadas tibias para los clarinetes. (*tibiae*).

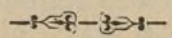
La memoria del asno tambien es notable. En Marzo de 1816, un asno, propiedad del capitán Demdás, fué embarcado en Gibraltar para la Isla de Malta, á bordo de la fragata *Ister*. El buque que le conducía tocó y encalló en bancos de arena hácia el cabo de Gata á alguna distancia de la costa, y el asno fué arrojado al mar, para procurarle una ocasion de ganar tierra. La suerte del pobre animal fué deplorable, porque las olas se encrespaban terriblemente y llegaron hasta tan grande altura, que una lancha que habia abandonado el barco, se perdió. Algunos dias despues, al abrir por la mañana las puertas de Gibraltar, el asno se presentó para entrar en la cuadra de M. Wecke, uno de los negociantes de la ciudad. *Valiente*—que era el nombre del animal—habia ocupado anteriormente el mismo local. Grande fué en verdad la sorpresa de este honrado comerciante: él se imaginó que por razon natural no le habrian embarcado á bordo del *Ister*.

A la vuelta del buque el misterio se esclareció: no solamente *Valiente* habia nadado y llegado sano y salvo á la orilla, sino que sin guía, sin compás ni carta geográfica, él habia encontrado el camino desde el cabo de Gata hasta Gibraltar, distancia de más de cien millas, que él jamás habia recorrido con anterioridad á este naufragio. Habia atravesado por lo tanto, un país montañoso, difícil, cortado de rios, y el corto período de tiempo en que este viaje se verificó demostraba bien á las claras que *Valiente* no se habia separado del camino recto.

El autor de *La vida de los animales*, á quien debemos estos datos importantes que acabamos de citar, agrega con mucha razon, que lejos de haber en él el menosprecio absurdo que ciertos fabulistas, de conformidad con el vulgo, han divulgado acerca del carácter del asno, existe el respeto que el humorista francés Sterno, profesaba á este animal.

»Yo no puedo, dice este filósofo, castigar á este animal. ¡Tiene tal resignacion, tal paciencia escrita en sus miradas y su apostura! Todo esto aboga tanto en su favor, que me desarma hasta el punto de detenerme al ir á hablarle malamente. Por el contrario, cuando me le encuentro, no importa donde, ya en la ciudad, ya en el camino, uncido á un carro ó lleno de lodo, en libertad ó en servidumbre, siempre encuentro algunas palabras corteses que decirle y cómo trabaja entonces mi imaginacion para adivinar sus respuestas por los rasgos de su continente!»

JERÓNIMO GALLARDO Y DE FONT



LA ESCRITURA

Cuando en los primeros años de la vida, en aquella dichosa etapa en la cual nuestra inteligencia se halla virgen de conocimientos científicos y el alma exenta de cuidados que la torturen, el maestro de instruccion primaria coloca en los débiles y rosados dedos del niño una pluma y le enseña á trazar

sobre el papel pautado los signos característicos del alfabeto, no comprendiendo, de seguro, la inmensa importancia del estudio emprendido, ni pudiendo tampoco investigar las distintas fases porque ha pasado la escritura hasta llegar al actual grado de perfeccionamiento.

¿Qué fuera de la civilizacion sin el poderoso auxilio que la presta la escritura, inoculando, por decirlo así, en el hombre de cada edad histórica, los diversos conocimientos poseidos por el hombre de épocas pasadas? La civilizacion, obedeciendo á leyes fatales y necesarias, seguiria su camino, pero con marcha lenta, como si una rémora impidiese su adelanto. Entonces la tradicion resumiria en sí todo el medio de progreso, y la adquisicion de una verdad, de un principio científico ó de un hecho cualquiera, costaria infinitos sacrificios y desvelos, si por ventura, no se habia perdido al pasar de una memoria á otra.

La escritura es tan antigua como el linaje humano, puesto que, indudablemente, nació con éste. Pero no apareció desde luego tal como la conocemos hoy, pues siendo, como es, una invencion de los hombres, forzosamente su origen fué imperfecto, modificándose al mismo tiempo que se modificaba el estado social é intelectual de sus inventores, y avanzando con éstos por el camino del progreso.

El hombre de las edades primitivas, el sér que continuamente tenia abierto ante sus ojos un libro inmenso y pintoresco, cual era la naturaleza en aquella época, más vigorosa que en la presente, sintió la necesidad de comunicar á los individuos de su raza, separado de los parajes habitados por él, las impresiones recibidas de ella. Entonces, con un cuchillo de sílex ó cualquier otro instrumento de punta aguda, grabó sobre una tosca piedra ó en la corteza de un árbol un bosquejo imperfectísimo del cuadro admirable que le presentaba el creador. Tal fué, sin duda alguna, el origen de la escritura y de la pintura, que vivieron durante largo tiempo siendo compañeras inseparables, dada la imposibilidad de obtener otros medios de expresion.

Esta primera fase de la escritura, llamada *ideográfica* puesto que representaba la idea por medio de un grabado, fué, desde luego, imperfectísima y tropezó con insuperables inconvenientes. En efecto, los conceptos representados por ella tenian que ser tan materiales y concretos, como materiales y concretos eran los términos enunciantes, existiendo una completa imposibilidad en la representacion de ideas abstractas; y además, no podia ser usada por todos los hombres, sino solamente por hábiles pintores, que pudiesen reproducir fielmente las impresiones percibidas por el órgano de la vista. Pero el invento se habia realizado; la escritura, aunque en extremo rudimentaria, existia, y el germen de actividad que es innato en el alma del hombre de cualquier época, apoderándose de ella, consiguió al fin hacerla saltar la barrera que se oponia á su adelanto.

Entonces nació la escritura *geroglífica* ó *simbólica*, basada en la analogía que tienen las ideas abstractas con los objetos sensibles del mundo exterior. El hombre, al tratar de consignar con caracteres fijos y permanentes las cualidades observadas en las creaciones físicas, y sobre todo, en sus semejantes, buscó un ser material, el cual poseyera en alto grado aquella cualidad, y lo colocó como símbolo enunciante de su concepto. Tal puede verse en las inscripciones de los monumentos antiguos, en las que se ven usados para expresar la valentía y audacia, al león, rey de las selvas; para dar á conocer la excesiva vigilancia, al gallo, y para hacer comprensiva la idea de justicia, á una matrona que sostiene en una mano la balanza y en la otra la espada.

Esta escritura sufrió, aunque ligeras, algunas modificaciones.

En efecto: en los escritos de alguna extension, el grabado frecuente de animales y de objetos, no solamente ocupaba un espacio demasiado lato, sino que requería un excesivo cuidado, empleándose mucho tiempo en el dibujo de estas diversas figuras. De aquí que algunas veces se tomara como signo, no el sér en su totalidad, sino la parte más característica del mismo. Así es que en muchos geroglíficos no encontramos para simbolizar la justicia á la matrona sino la balanza ó la espada, y en representacion del gallo hallamos nada más que la cresta.

El nombre de escritura geroglífica lo debió á haber sido usada por los sacerdotes de los tiempos antiguos. De los pueblos ario-indios que conquistaron y civilizaron el Egipto, no todas las castas estaban inculcadas en los misterios de esta escritura. Unicamente la sacerdotal era la poseedora de ella, vedando de este modo á las demás castas la entrada en la esfera de los conocimientos.

Despues de la escritura geroglífica apareció la taquigráfica, que con el tiempo ha llegado á ser uno de los más poderosos elementos de la civilizacion: de esta escritura puede decirse perfectamente, que cumple el dicho de un publicista moderno, de que economizando el tiempo de nuestra existencia, alargamos nuestra vida, puesto que, con su rapidez casi fabulosa, nos ahorra un tiempo considerable en la escritura. La taquigrafía fué usada por los fenicios con el método llamado de los *sigles*, y por los griegos bajo el nombre de *sindiografía*; sus caracteres han sido descritos y conservados por Plutarco, siendo Jenofonte el primero que hizo uso de ella para recoger y recopilar las doctrinas y máximas de Sócrates.

De la Grecia pasó la escritura taquigráfica á Roma.

Ciceron estableció en diversos puntos del Senado algunos recopiladores de notas, como entonces se los llamaba, y á estos hombres es á quienes debemos la conservacion de la mayor parte de sus oraciones, principalmente de las célebres pronunciadas en la conjuracion Catilinaria. Tiro, esclavo de Ciceron, y más tarde su liberto, fué el primero, entre los romanos, que recopiló los signos ó carac-

téres de esta escritura veloz, recibiendo de su nombre el de *Notas Tironianas*.

Conocedores los romanos de las grandes utilidades que podían resultarles de la propagación de tan ventajoso método, dedicáronse á aprenderlo con tanto tesón que llegó á ser tan usual entre ellos como entre nosotros la escritura comun. Plinio el joven, llevaba á todos sus viajes hombres instruidos en este arte, para que copiasen los discursos y arengas que decía al pueblo, y á él debemos infinitas obras excelentes, que sin su auxilio tal vez, y aún sin tal vez, no hubieran llegado á nuestras manos.

El cristianismo encontró también un poderoso auxiliar en la escritura taquigráfica. Las notas Tironianas fueron aplicadas á la sagrada palabra de los primeros padres de la Iglesia, viniendo á ser por este medio en manos de los sacerdotes un instrumento de propagación para la nueva fé. Muchos manuscritos conservados en iguales caracteres, datan de los primeros siglos de la era cristiana, conteniendo la mayor parte de las actas de los mártires de la época primitiva de la Iglesia.

Vuelve á aparecer la taquigrafía en la edad moderna con el régimen de las asambleas deliberantes y con la publicidad de los debates judiciales. Inglaterra, la soberbia dominadora de los mares, la primera entre las naciones modernas que ha gozado de las inapreciables ventajas del sistema representativo, sistema en el que la palabra juega tan principal papel, no pudo menos de conocer desde luego la importancia de este arte, la utilidad inmensa que presta, y la *estenografía* (taquigrafía) renació en su seno.

Pero dejemos á un lado esto, pues no es nuestro ánimo ocuparnos exclusivamente de la escritura taquigráfica.

La última fase de la escritura es la *fonográfica*, compuesta de signos arbitrarios que ninguna relación tiene con las voces y sonidos articulados de que nos valemos para expresar nuestras ideas. Dos grandes divisiones se hacen de ella; la *silábica* y la *alfabética*.

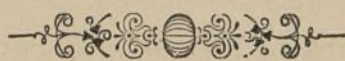
En la escritura silábica existen tantos signos diferentes como sonidos articulados, ó sean sílabas; de aquí se sigue el inmenso trabajo para llegar á poseerla, pues siendo tan considerable el número de sílabas que pueden proferirse por el órgano de la voz, resulta una suma harto crecida de caracteres diversos. Por el contrario, en la alfabética el análisis se lleva hasta el último límite, descomponiendo las sílabas en los dos elementos constitutivos, las vocales y las consonantes, pudiendo expresarse con solo veintisiete signos todas las palabras.

Respecto al origen de la escritura alfabética, aún no se ha descrito el espeso velo que lo cubre, siendo aventurado cuanto de él se diga. Algunos, y entre ellos el célebre escritor francés Mr. Bonald, la atribuye á creación divina, mientras que la opinión más generalizada se funda en la invención humana. En lo que no cabe duda es que los fenicios fueron los primeros que hicieron uso de la escritura alfabética, dando por cierto al-

gunos historiadores el hecho de que, un individuo de este pueblo aventurero dedicado al comercio, el célebre Cadmo, realizase tan utilísimo invento, enseñando á sus hermanos el empleo de sus diversos signos. Cuando en el siglo XVI, ántes de Jesucristo, varias colonias fenicias se establecieron en España, dedicándose á la explotación de los metales y de la agricultura, introdujeron en nuestro país su civilización y al mostrar su mitología, su culto y su tráfico, el pueblo celtíbero aprendió la escritura alfabética.

Tales son, descritas á grandes rasgos, las evoluciones por las cuales ha pasado el arte de fotografiar el pensamiento, lográndose de este modo que el hombre cuente con un instrumento esencial para adelantar en el árido camino del saber humano, aproximándose más y más al principio ó fuente de todas las ciencias.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON



¡CUANDO!

SONETO

Síntomas graves de futuras penas
son estas tristes lágrimas que vierto,
y el pobre corazón místico y desierto,
en vano quiere quebrantar cadenas.
De las primeras horas que serenas
yo pasé contemplando siempre incierto
el rudo batallar, soñé despierto,
y hoy las encuentro de infortunios llenas.
¡Ay infeliz!... ¡Ay loco!... ¡Ay confiado!
¿por qué llegué á soñar tanto imposible
si se han desvanecido los risueños,
y solo los horribles han quedado?
Grande el castigo fué, duro, terrible,
Mas ¿cuándo acabarán todos mis sueños?

FRANCISCO ARECHAVALA



EL CURA DE MI PUEBLO

Vosotros, amados lectores de la ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, no habréis oído hablar del Cura de mi pueblo. No me extraña; porque era virtuoso y por consiguiente humilde, y no quería que se hablara de él, ni de sus hechos heroicos. No os admireis tampoco de que llevase á cabo hechos heroicos, y no hayan llegado á noticia vuestra; porque nada hay más heroico que la humildad; y como he dicho, el Cura de mi pueblo era humilde.

Yo me guardaría muy bien de hablaros de él, si aún existiera; porque seguramente me costaría mi atrevimiento una cariñosa reprensión. Ya no existe, y seguro de la impunidad, os quiero hablar de él; para que veáis cuánto bien puede hacer un sacerdote virtuoso, si quiera esté arrinconado en un pueblo de provincia; y para que deduzcáis, cuán poco se puede esperar de los hombres, aún de aquellos que son el objeto de la caridad de los buenos.

Estoy seguro que desde el cielo, donde sin duda está gozando del premio de sus virtudes, me está mirando con la dulce sonrisa de los santos y diciéndome; ¡ah, picarillo P. Casado, y cómo se vale de la ocasión, para sacar á relucir mi nombre en ese mundo, que tantos disgustos me dió, y que tanta gloria me ha proporcionado!

Pero yo me voy á hacer el sordo con él, por primera vez, aunque caigan sobre mí sus iras, que no podrán ser muy temibles.

En la provincia de Avila y en la parte meri-

dional de la Cordillera Carpeto-Betónica, entre el puerto del Pico y la espesísima sierra de Gredos, célebre por su famosa laguna, hay un pueblo llamado Arenal. Este es mi pueblo.

Si no temiera que me tacháseis de apasionado, os diría que este mi pueblo es un delicioso eden. Os diría que defendido del viento norte por la sierra, que se eleva como un muralla inmensa, goza de una temperatura deliciosa, que apenas desciende algunos grados bajo cero en los momentos de más frío, ni se eleva sobre 28° centígrados en las horas de más calor; que, provisto de una vegetación exuberante, produce desde la aromática naranja, hasta la sabrosa castaña, que hace gritar á las madrileñas de los barrios extremos ¡cuántas, calentitas! Os hablaría de sus fuentes cristalinas, de sus arroyos encantadores, de sus frescos castañares, de sus verdes prados, de sus frutas exquisitas, de sus atronadoras cascadas, de sus pintadas truchas; os hablaría... pero no; porque ya os veo con deseos de saber quién era el Cura de mi pueblo, y voy á hacer lo posible por complacerlos.

El Cura de mi pueblo, hijo de una familia medianamente acomodada, casi pobre de bienes de fortuna, pero muy rica en virtudes humildes, de esas que pasan casi desapercibidas, para los hombres, pero que por lo mismo son más gratas á los ojos de Dios, se llamaba D. Julian Perez.

Como su familia carecía de bienes suficientes para costearle la carrera eclesiástica, á que desde su infancia se sentía inclinado, pasó los mejores años de su juventud dedicado á las tareas propias del país, que es esencialmente agrícola; pero pensando siempre en aprovechar la ocasión oportuna de dedicarse al estudio, y ponerse en aptitud de desarrollar los sentimientos caritativos que su alma encerraba. Y como Dios concede todo lo que es bueno, y se pide con instancia, le proporcionó una plaza de sacristan en el célebre santuario de Arenas de San Pedro, donde á fuerza de trabajos consiguió hacerse sacerdote; pero sacerdote, no como lo son muchos, que consideran tan sublime dignidad como un oficio más ó menos lucrativo, sino según el espíritu de la Iglesia, que quiere que sea una víctima que se sacrifique constantemente en aras de la caridad cristiana.

Dedicado á la cura de almas consecutivamente en dos pueblos de escaso vecindario, pero abundantes de vicios, tuvo ocasión de desplegar todo su celo evangélico, consiguiendo especialmente con el ejemplo, modificar completamente las costumbres de sus feligreses. No era ciertamente muy elocuente, ni le eran muy familiares las galas retóricas, por más que estaba dotado de un talento más que mediano, pero conseguía con las buenas obras y con los ejemplos laudables abundante fruto; porque el hombre virtuoso posee la sagrada unción que hiere los corazones y que persuade antes de convencer.

Los méritos contraídos en estos pueblecitos le elevaron pronto á la regencia de la parroquia de su pueblo y del mio. Aquí la mies era ya abundantísima, y sin necesidad de traspasar los límites de sus deberes de párroco, tenía en qué emplear su celo evangélico; pero la predicación de la palabra divina, la administración de los santos Sacramentos, la asistencia de los enfermos, el socorro de los ancianos, viudas y huérfanos desvalidos, en que empleaba cuanto ganaba, era todavía campo estrecho para él.

(Se continuará)

R. Velasco, impresor, Rabio, 20